



# LUIS ROSALES (Granada, 1910 - Madrid, 1992)

## GENERACIÓN DEL 36 / POESÍA ARRAIGADA DE POSGUERRA

### "Larga es la ausencia"

Tu soledad, Abril, todo lo llena.  
Colma de luz la espuma y la corriente.  
Aurora niña con su sol reciente.  
Toro en golpe de mar como mi pena.  
La soledad del corazón resuena  
desierto ya como un reloj viviente,  
como un reloj que late porque siente  
la marcha de tu pie sobre la arena.  
Y así vas caminando sangre adentro,  
sangre hacia arriba, hacia el primer  
encuentro,  
sangre hacia ayer en la memoria mía;  
¡ay, corazón, donde me pisas tanto!,  
¡qué soledad sin ti, cierva de llanto!  
qué soledad de luz buscando el día.  
(Abril, 1935)

### "El bosque se iba haciendo al arder"

*tristemente naturales*  
J. Guillén

Me están mirando en tus ojos  
los ángeles del instante,  
los ángeles que han perdido  
la memoria al contemplarse.

Me estoy reuniendo en tus brazos;  
te siento casi quemándome;  
arden el tronco y las ramas  
pero las hojas no arden.

Estamos juntos, sin vernos,  
repetidos y distantes,  
juntos pero no vividos,  
tristemente naturales.  
(Rimas, 1951)

### "De día tenía los ojos convertidos en pétalos"

*La tapiada*

Andando vas por la calle  
y nos parece que duermes  
con los ojos convertidos  
en pétalos.

Son tan leves  
que un soplo puede borrarlos  
de tu rostro.

Vas y vienes,  
sin vernos, casi sin vernos,  
como si fueras cayéndote,  
pensando y entresonando  
que la primavera llegue,  
y se levante en tus ojos  
esa tristeza que tienes  
de nieve sería que empieza  
a caminar deshaciéndose.  
(Rimas, 1951)

### "La transfiguración"

Siento tu cuerpo entero junto al mío;  
tu carne  
es

como un ascua,  
fresca e imprescindible  
que está fluyendo hacia  
mi cuerpo, por un puente  
de miel lenta y silábica.  
Hay un solo momento en que se junta  
el cuerpo con el alma,  
y se sienten recíprocos,  
y viven  
su trasfiguración,  
y se adelantan

el uno al otro en una misma entrega,  
desde su mismo origen deseada.  
Siento tus labios en mis labios, siento  
tu piel desnuda y ávida,  
y siento,

¡al fin!

esa frescura súbita  
como una llamarada  
de eternidad, en que la carne deja  
de serlo y se desata,  
se dispersa en el vuelo,  
y va cayendo

en la tierra sonámbula  
de tu cuerpo que cede interminable-  
mente cediendo,

hasta  
que el vuelo acaba y ya la carne queda  
quieta, milagreada,  
y me devuelve al cuerpo,

y todo ha sido  
un pasmo, un rebrillar y luego nada.  
(Rimas, 1951)

### "Agua desatándose"

El tiempo es un espejo en que te miras.  
Tú ya has entrado en el espejo y andas  
a ciegas dentro de él. Tú ya has entrado  
en el espejo. Nada  
te puede desnacer; ya eres viviente;  
tu carne sucesiva y simultánea  
es igual que un trapezio donde un pájaro  
a pie, se maniatra  
dando vueltas y vueltas, procurando  
sostenerse en su cuerpo;  
y en la barra  
estén fijas sus manos mientras gira,  
—abajo, arriba, abajo—  
hasta que al alba  
vuelva a girar el cielo y ya no pueda  
seguirse sosteniendo, y se le caigan  
las manos, se le agrieten  
las manos, se le abran  
las manos temblorosas,  
y al perder su sostén el cuerpo caiga  
como agua desatándose,  
y empiece  
la música en sus alas.  
(Rimas, 1951)

### "Tú sí los llamarás"

Tienen nombre, señor, son los que sufren,  
las sombras semejantes,  
las sombras que se quedan en los cuerpos  
mientras va su vivir delectándose  
para ganar el pan. Sólo en ti esperan.  
Son los muertos que nacen  
del invierno del mundo, son los muertos  
que están viviendo y arden  
con aceite de Dios; los sucedidos  
mendigos, con la sangre  
que sube por sus cuerpos como sube  
la humedad en los muros de la cárcel.

Tienen nombre, señor, son los que quieren  
soñar de noche y los despierta el hambre,  
los que te duelen tanto que no puedes  
mirarlos sin quemarlos.  
Tú sí los llamarás. Son los que sufren,  
los semovientes náufragos que saben  
que el roce irá gastando día tras día  
su cuerpo y su dolor,  
la nieve fácil  
de los muertos que viven porque nunca  
acaban de caer. ¡Vuelve a nombrarles!

nadie sabe su nombre entre nosotros,  
son los muertos que nacen,  
son los muertos que enferman de los vivos,  
los muertos naturales.

(Rimas, 1951)

### *Ciego por voluntad y por destino*

**PORQUE TODO ES IGUAL Y TÚ LO SABES,**  
has llegado a tu casa y has cerrado la puerta  
con ese mismo gesto con que se tira un día,  
con que se quita la hoja atrasada al calendario,  
cuando todo es igual y tú lo sabes.  
Has llegado a tu casa  
y, al entrar,  
has sentido la extrañeza de tus pasos  
que estaban ya sonando en el pasillo antes de que llegaras,  
y encendiste la luz para volver a comprobar  
que todas las cosas están exactamente colocadas como  
estarán dentro de un año;  
y después,  
te has bañado, respetuosa y tristemente, lo mismo que un  
suicida,  
y has mirado tus libros como miran los árboles sus hojas,  
y te has sentido solo,  
humanamente solo,  
definitivamente solo porque todo es igual y tú lo sabes.

**HAS LLEGADO A TU CASA,**  
y ahora querrías saber para qué sirve estar sentado,  
para qué sirve estar sentado igual que un náufrago  
entre tus pobres cosas cotidianas.

¡Sí, ahora quisiera yo saber  
para qué sirven el gabinete nómada y el hogar que  
jamás se ha encendido,  
y el Belén de Granada

—el Belén que fue niño cuando nosotros todavía nos  
dormíamos cantando—

y para qué puede servir esta palabra: ahora,  
esta palabra misma: "ahora",  
cuando empieza la nieve,  
cuando nace la nieve,  
cuando crece la nieve en una vida que quizás está siendo la

en una vida que no tiene memoria perdurable,  
que no tiene mañana,  
que no conoce apenas si era clavel, si es rosa,  
si fue azucenamente hacia la tarde.

¡Sí, ahora  
me gustaría saber para qué sirve este silencio que me rodea,  
este silencio que es como un luto de hombres solos,  
este silencio que yo tengo,  
este silencio  
que, cuando Dios lo quiere, se nos cansa en el cuerpo,  
se nos lleva,  
se nos duerme a morir,  
porque todo es igual y tú lo sabes.

(La casa encendida, 1949)

V

Siempre mañana y nunca mañanamos  
Al día siguiente,  
—hoy—

al llegar a mi casa —Altamirano, 34— era de noche,  
y ¿quién te cuida?, dime; no llovía;  
el cielo estaba limpio;  
—«Buenas noches, don Luis» —dice el sereno,  
y al mirar hacia arriba,  
vi iluminadas, obradoras, radiantes, estelares,  
las ventanas,  
—sí, todas las ventanas—,  
Gracias, Señor, la casa está encendida.

(La casa encendida, 1949)